

La devoción al Padre

Su oportunidad - El valor doctrinal

de Mons. Emilio Guerry Vicario General de Grenoble

Extraído de “*Vamos al Padre*” Soc. Ed Vida y Pensamiento Milano !940

Primera traducción italiana autorizada sobre la II francesa de la Casa Desclée de Brower – Paris, pag 9-36

La devoción al Padre fue aquella de Jesús. Cómo no va a ser la nuestra?

Es aquella que nos ha enseñado el Salvador divino, en la única oración que ha compuesto para nosotros.

Nosotros sabemos por el evangelio que El, a sus Apóstoles, les hablaba siempre de Su Padre. Pero, ¿para cuántos cristianos el Padre es hoy, una persona viva?

Ellos sienten, casi siempre, hacia El un sentimiento solo: el del temor. No osan acercarse a El. Entre los atributos de Dios, se reconoce sin problemas el de la paternidad. Pero, para muchos, esa no es más que una especie de metáfora, o una abstracción. Ahora, el culto no se refiere a un atributo abstracto: se remonta hacia una persona.

En efecto, toda la Liturgia de la Misa nos invita a elevar nuestras almas al Padre, a ofrecernos a El, con el Hijo suyo predilecto, a rezar «por nuestro Señor Jesucristo que vive y reina con El, en la Unidad del Espíritu Santo». «Cada oración católica, dice un eminente litúrgico, es ofrecida al Padre por medio del Hijo, en el Espíritu Santo»¹

Estamos pues bien seguros de que esta devoción no nos conduce a innovaciones sospechosas. La cual parece nueva en nuestro tiempo solo porque ellos la han olvidado. Todos aquellos – predicadores o directores espirituales – que la han difundido, han revelado con gozo los efectos profundos de purificación y de santificación, que tal devoción produce en las almas.

Parecería que una gracia especial le sea anexa. Por qué?

En primer lugar, quizás, porque difundir esta devoción es continuar la misión misma del Salvador. Antes de Jesús, Dios era conocido, pero no como Padre. La misión esencial de Cristo fue de revelar al mundo que Dios era Su Padre, y también el nuestro. Enseñando a los hombres que no saben de este prodigioso misterio del Amor infinito, nosotros continuamos por lo tanto, aquella que Jesús ha llamado “su obra”². Es su obra la que El bendice. Además, nosotros ¿no podemos tratar de entrever las razones providenciales, por las cuales nuestra época parecería estar mejor dispuesta a comprender el mensaje divino de Cristo, concerniente a Su Padre ?

Oportunidad de la Devoción al Padre

Nosotros descubramos estas razones, sea en la vida de la Iglesia sea fuera de la Iglesia misma.

1. En la vida de la Iglesia

Jesucristo es la vía que conduce al Padre.

Era necesario, por lo tanto, que antes que nada, fuese conocido Jesucristo.

La revelación tenía, ciertamente, ya fijados todos los rasgos de su fisonomía. Pero fue necesario una larga serie de siglos, desde el principio del Cristianismo hasta nosotros, para que los tesoros de

¹ Don Cabrol. La oracion antigua c. 19,p.262. Cf. Don Lefebvre: “Es al Padre a quien se refieren en general todas las oraciones de la Santa Misa”. Cuando se reza en el altar, dicen los concilios de Ipona (393) y de Cartagine (397), las oraciones siempre deben ser referidas al Padre. «En el misal romano no hay mas que 27 oraciones referidas al Hijo y casi todas posteriores al siglo XIII» Liturgia c.III, p.37.

² Jn. XVII, 4-6 «Padre! Te he glorificado sobre la Tierra, cumpliendo la mision que me has dado a cumplir...He manifestado Tu nombre a los hombres...»

sabiduría y ciencia contenidos en El Verbo encarnado, fuesen propuestos, en una síntesis armoniosa, a la contemplación de las almas cristianas, sin que ellas pudiesen pretender llegar a conocer la plenitud de santidad que es la Humanidad santa del Salvador.

Las herejías de los primeros siglos fueron, para la Iglesia, la ocasión de dar a conocer las perfecciones del Hombre-Dios con la definición de los dogmas de la Encarnación, de la Redención, y de la Santísima Trinidad.

Por medio de la Liturgia, la Iglesia, por otra parte, ofrecía a la adoración de los fieles todos los misterios de la vida de Jesús, haciéndolos recorrer, en su ciclo anual - desde el Adviento y la Navidad, hasta la Resurrección y Pentecostés - las diversas fases de la existencia humana del Salvador, para hacérselas íntimamente revivir en su mente y en su corazón.

Notémoslo del pasaje: si la Iglesia, con la fiesta de la Santísima Trinidad, honra con un mismo culto las Tres Personas divinas, y si no ha querido autorizar la institución de fiestas que honrasen la sola naturaleza divina en una de las tres Personas³, en el temor de introducir, en el Espíritu de los fieles, como una división de su única naturaleza divina, así, ella, ni siquiera ha autorizado la institución de una fiesta para celebrar los atributos del Padre en Su relación con nosotros⁴.

La liturgia se centra en Jesucristo

Pero como no sobresaltar que las dos más recientes fiestas litúrgicas – la fiesta del Sagrado Corazón y la de Cristo Rey- como coronación grandiosa de los impulsos del amor que llevan a la humanidad hacia el Divino Salvador, son una invitación a considerar la devoción al Padre como un elemento fundamental de la piedad cristiana, elemento que entra, lógicamente, en la gran corriente de la liturgia católica ? Buscando de percibir, con una delicadeza llena de respeto, los latidos del Corazón de Jesús, de descubrir el movimiento profundo que regula el ritmo de Su Amor, por eso la teología encuentra con emoción – en el centro de este Corazón - el Amor que todo lo domina, de Jesús por su Padre, y el que mejor comprende las ternuras y las misericordias del Sagrado Corazón para los hombres son las manifestaciones de las ternuras infinitas, y de la misericordiosa Bondad del Padre. Jesús le había dicho a Felipe: «Quien me ve a mí ve al Padre». El Sagrado Corazón es, por lo tanto, la revelación del Corazón invisible del Padre!

En todo caso Jesús, en su santa Humanidad, ejercita su majestad sobre las almas y sobre la sociedad porque es Hijo del Padre.

La proclamación de la Majestad de Jesucristo prepara el advenimiento del Reino del Padre, que Jesús nos ha enseñado a pedir, como una Gracia suprema, en la oración que recitamos tan seguido: «Padre Nuestro... vénganos Tu reino». Es el Apóstol S. Pablo quien enseña que la majestad de Cristo tendrá su cumplimiento cuando el Hijo habrá traído al Padre a toda la humanidad, conquistada y reconocida en un solo Cuerpo Místico⁵.

La devoción al Padre no realiza acaso magníficamente, en el culto cristiano, la palabra de Jesús a la Samaritana: «Ha llegado la hora, y es esta, en la cual los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y Verdad, que tal son en verdad los adoradores que el Padre pide?»⁶

La teología, habiendo profundizado en este último tiempo en ciertas verdades contenidas en las Sagradas Escrituras y en la Tradición, ha sido llevada a conocer mejor la adorable persona del Padre. ¿No le ha dado a ella la excelencia, en sus investigaciones – y citan solo algunos ejemplos tomados de los textos teológicos mas recientes – a la doctrina del Cuerpo Místico, doctrina de la cual por ahora hemos realizado los puntos de conexión con el culto al Padre? Con los estudios sobre el Santo Sacrificio de la Misa ¿no han expuesto a plena luz el valor esencial de la oblación de la Víctima

³ Enciclica de Leon XIII «Illud divinum munus».

⁴ Sobre la Fiesta del Padre, leer “La devoción al Padre” del R.P.Plus. Version del P.C.autor S.J.Marietti, Torino

⁵ Cor I, XV, 24-28 « Despues sera el final, cuando consigne el reino a Dios Padre... Cuando a El todas las cosas le sean sometidas, entonces el mismo Hijo sera presentado a El que todo lo ha sometido».

⁶ Jn VI, 23.

inmolada y glorificada al Padre? Analizando la naturaleza de la gracia santificante, gracia de adopción filial, ¿no será conducida a descubrir siempre más el amor infinito del Padre? Las obras del Marmion que han iluminado y conmovido a tantas almas, especialmente «*Cristo vida del alma*», son dominantes de este pensamiento. Ya que estamos dando una mirada sobre la espiritualidad que encuentra mayor eco en las almas de nuestro tiempo, ¿no deberíamos constatar que la doctrina de la infancia espiritual, vivida por la pequeña Santa del Carmelo y aprobada de la suprema Autoridad de los Sumos Pontífices, requieren lógicamente, cual su fundamento, la doctrina de la divina paternidad?

Ser niños, supone que se tenga un Padre. Si debemos imitar a los niños, será en su sentimiento filial, en la simplicidad confidente con la cual, como quería Santa Teresa del Niño Jesús, se necesita lanzarse a los brazos del Padre.

¿No parecería que el Espíritu Santo haya querido, con la rápida difusión de la doctrina de la infancia espiritual, preparar a las almas a reencontrar, con la devoción al Padre, la gran verdad evangélica ?

II. Fuera de la Iglesia

En la hora en que el laicismo oficial cumple en las almas terribles ruinas, quitándoles el apoyo, el sostén, la esperanza, dejándolos desarmados a las luchas de la vida, pues llega a suprimir la fe en la existencia de Dios, cuánto parece oportuna la doctrina que revela a los hombres que ellos tienen un Padre en el Cielo, que los ama y que, en cada instante de su vida, los protege con Su Providencia infinitamente buena!

El laicismo ha encontrado su conclusión lógica en el movimiento de los sin-Dios. Con que tristeza, consideramos las etapas que han llevado a nuestra época a estas teorías mortales! Es fácil seguir la evolución que han ardecido las almas: del Dios severo y terrible de los jansenistas, al Dios abstracto y lejano de los filósofos; del Ser Supremo de la revolución, al Dios lejano e impersonal, puro axioma ante el cual se inclinaba el siglo XIX.

Sin embargo Jesús ha revelado un Dios *vivo!*

«Como el Padre que tiene la vida en sí mismo, me ha enviado y yo vivo por el Padre... »⁷ - un Dios que es esencialmente Padre, y que ha querido, por pura misericordia, adorar, en Su Hijo, otros hijos. No se remontará la corriente que entusiasma las almas lejanas de Dios, y que de El las separa, que yendo a la fuente purísima de la doctrina evangélica, y mostrando al mundo el verdadero rostro del Padre.

Esta doctrina no es, por otra parte, solo sumamente oportuna en el campo religioso.

La cuestión social continúa a imponerse, haciéndose, es más, siempre mas aguda. Tras las clases se erigen las barreras. En los corazones ruge el odio. En vano los economistas buscan remedios.

A lado de las soluciones de orden económico, el Sumo Pontífice Pío XI ha indicado el remedio que salva: «Una verdadera colaboración de todos en vista del bien común, no se establecerá hasta que todos tengan la íntima convicción de ser miembros de una gran familia e hijos de un mismo Padre celestial, de no formar, al contrario, en Cristo, más que un solo cuerpo del cual son recíprocamente los miembros, de modo que si sufre uno, todos sufren en El»⁸.

Mientras que ahora los pueblos se miran con desconfianza y los nacionalismos los exasperan, cuyos progresos no habrán logrado la paz, en el mundo, cuando la doctrina de la divina paternidad será difundida y por encima de las legítimas fronteras de la patria, las almas se sentirán unidas en el amor del mismo Padre !

VALOR DOCTRINAL DE LA DEVOCIÓN AL PADRE

No será difícil reconocer la oportunidad de la devoción al Padre. Pero ciertas inquietudes, sobre el valor doctrinal, se hacen camino en aquellos a quienes esta devoción se presenta como una novedad.

⁷ Gv VI, 57.

⁸ S. S. Pio XI, Enc. Quadragesimo anno, 15 mayo 1931

Nosotros los agruparemos alrededor de tres objeciones:

1. ¿La devoción al Padre es conciliable con el culto a la Santísima Trinidad ?
2. No se puede temer que la devoción al Padre haga olvidar el deber de la humanidad Santa del Salvador ?
3. Con la devoción al Padre se resguardarán suficientemente las veneraciones, el respeto, la adoración que constituyen la virtud de religiones, en relación del hombre con Dios? Nosotros pensamos, al contrario, que el valor doctrinal de estas devociones se manifiesten, precisamente, en tres características:
 1. por ella el dogma de la Santísima Trinidad se vuelve, para las almas, una verdad viviente;
 2. se vuelve más fácil comprender el deber de la santa Humanidad de Jesús;
 3. es una forma altísima y purísima de la virtud de religiones.

1. El dogma de la Santísima Trinidad

El dogma de la Santísima Trinidad es el punto culminante de la doctrina, la verdad sublime que aclara las cimas de la fe. No puede darse, a cambio, letra muerta para la gran mayoría de cristianos?

No bastaría meterse directamente a la escuela del Maestro y seguir su divina pedagogía, para que este dogma se vuelva, para las almas, una verdad viva?

Jesús no enseñó a su audiencia de un solo golpe la existencia de un Dios único en tres Personas.

El ha revelado progresivamente estas elevadas verdades a sus Apóstoles y a sus discípulos. Nos parece de poder, en algún modo, distinguir tres etapas en la enseñanza del Salvador sobre las revelaciones del Padre.

PRIMERA ETAPA: desde el principio de su ministerio apostólico, *nuestro Señor enseña a los hombres que Dios es Padre.*

Es todo el discurso de la montaña⁹.

Si El exhorta a sus discípulos a hacer obras buenas, es para que el mundo, viéndolas, glorifiquen al Padre que está en los Cielos¹⁰.

Si declara necesarias las disposiciones interiores y condena la hipocresía que se insinúa incluso en los actos más santos – la limosna, la oración, el ayuno – es porque no se engaña al Padre que esta en lo secreto y porque el Padre, que todo lo ve, recompensará las rectas intenciones¹¹. Si enseña a sus Apóstoles a rezar, y para hacerles decir «Padre nuestro que estas en el cielo»¹², y para mostrar a ellos que el Padre que está en los Cielos se dejará conmover de aquellos que le rezan¹³.

Si enseña la perfección, es para dar a ellos como modelo la perfección del Padre¹⁴, y para hacerla consistir en el cumplimiento de la voluntad del Padre¹⁵.

Nuestro Señor hace pues conocer los atributos de este Padre: El muestra su Providencia a Quien son notorios todas las necesidades de sus criaturas, y que vela incluso sobre los pájaros y las azucenas del campo¹⁶.

Una similar doctrina constituía ya una verdadera revolución.

Los Judíos habían podido sustraer de los Libros Santos una cierta noción de la divina paternidad, pero solo jurídica y nacional, que se ejercitaba exclusivamente a favor del pueblo elegido. Pero no habrían jamás osado de concebir un Dios paternalmente bueno y misericordioso, non obstante los Profetas y los Salmos habrían a veces cantado en términos conmovedores la divina misericordia, temblaban delante de Yahvé. Es así que Jesús, como resulta del Evangelio, ya desde su primer discurso, ha

⁹ Mt V, VI, VII

¹⁰ Mt V,16

¹¹ Mt VI,2-18

¹² Mt VI,9.

¹³ Mt VII,11.

¹⁴ Mt V,48

¹⁵ Mt VII,21.

¹⁶ Mt VI,23-24.

pronunciado diecisiete veces el nombre del Padre. Y el evangelio añade: «Cuando Jesús hubo terminado su discurso, el pueblo estaba admirado de su doctrina».

Cuanto predica a las masas, desde el principio de su ministerio público, Jesús lo enseña también en particular a algún alma, por ejemplo a la Samaritana¹⁷: la misma enseñanza sobre las disposiciones interiores, pues aquello que cuenta es «la adoración en espíritu y verdad»; la misma enseñanza sobre la caridad hacia los enemigos – al punto que la Samaritana se sorprende que El, judío, hable a una extranjera; la misma revelación del Padre.

La novedad de esta doctrina consistía, entonces, en el hecho que Jesús mostraba, en Dios, un Padre no más un Juez severo, o el legislador terrible.

Pero no se trata todavía de las relaciones de descendencia con Dios, de las relaciones de intimidad filial con El. Dios es bueno, paternalmente bueno con sus criaturas; es sobretodo su Providencia paterna que Jesús pone a la luz. El dice ya «vuestro Padre», pero la palabra podía ser y era ciertamente entendida en sentido metafórico, como de un soberano que se dedicase a sus súbditos, se diría: es un padre.

SEGUNDA ETAPA: Jesucristo enseña a los hombres que Dios es su Padre.

Emplea tres años para probar que El es el Hijo de Dios; igual a su Padre, y también aquí, no manifiesta progresivamente su divinidad. Utiliza las señales visibles, los milagros, para atestiguar Su potencia divina y para mostrar que El es verdaderamente el enviado del Padre¹⁸. Pues es el Padre que le ha dado el poder de cumplir sus obras, o mejor aún, es el Padre quien las cumple en El¹⁹.

Al inicio del último año de su ministerio público, El confirma solemnemente la profesión de Fe con la cual, a Cesarea, Pedro, en nombre de todos los Apóstoles reconoce en su Maestro «el Hijo del Dios Vivo²⁰». En la vigilia de Su muerte, afirma con fuerza delante de sus jueces que El es el hijo de Dios²¹.

Nuestro Señor revela a Su Padre también con el comportamiento de Su humanidad hacia El.

El no vive sino por su Padre. No ha venido sino hacer la voluntad del Padre. Cada gloria debe ser rendida al Padre. Redunda al Padre todo aquello que El es, y todo aquello que El, como hombre, posee. Solo el ejemplo de Su Maestro podía dar a los Apóstoles la idea mas alta de la soberana majestad del Padre y de Su Amor infinito.

Con cuánto estupor no habrán ellos escuchado las palabras de Nuestro Señor sobre las inefables relaciones de conocimiento y de amor con su Padre²² y sobre la unidad de acción y de vida que existe entre ellos!²³

¿Que cosa comprenden aquellos que escuchan al Maestro si no que son dos a poseer la misma vida divina, sino que el uno es Padre, y el otro es Hijo? comienzan a entrever las relaciones recíprocas de las Personas Divinas, a través a las relaciones entre el Padre y este hombre que ellos aman y que es Hijo de Dios. Pero todavía no han comprendido, todavía no saben que tendrán, ellos también, relaciones de intimidad con estas Personas divinas. Es más, la persona de Jesús, ¿no parece entonces infinitamente lejana de su pobre humanidad? Si El es Dios, igual al Padre, no hay un abismo insuperable entre estos débiles hombres y El? Mientras por un momento, habrían podido esperar que Jesús hubiese venido a colmar aquel abismo... Pero Jesús los reasegura. ¡Oh prodigio inaudito !

El les hace entender con una conmovedora palabra – aquella de la vid y de los sarmientos – aquella íntima unión que existe entre las almas y El. Jesús es la verdadera vid. Ellos son los sarmientos. Y Estos están en Jesús. Una misma linfa vital pasa entre ellos y El. Mientras permanezcan unidos a El producirán frutos para la gloria del viñador y el viñador es El Padre²⁴.

¹⁷ Gv IV.

¹⁸ Gv V,36.

¹⁹ Gv X,32-38

²⁰ Mt XVI, 16.

²¹ Mt XXVI, 63-66.

²² Mt XI, 27; Gv III,26; V,20.

²³ Gv V, 19-23; X,29; XIV.

²⁴ Gv XV.

Parece que la revelación esté ahora completa. ¡Pero no! El divino Maestro anuncia algo aún más grande, y es El mismo quien hace resaltar la nueva etapa: «Os he dicho estas cosas en parábolas, pero ha llegado la hora en la cual ya no les hablaré así, más les hablaré abiertamente del Padre»²⁵ ¿Abiertamente? ¿En qué sentido? Todo está dicho en una sola palabra: «El Padre, El Padre mismo, os ama, los ama a vosotros»²⁶.

TERCERA ETAPA: *Nuestro Señor enseña a los hombres que Dios, Su Padre, es también Padre de ellos.*

Mira ahora las confidencias supremas, los secretos reservados a las horas decisivas. El alma del Maestro se da toda a aquellas de sus Apóstoles. El alza los ojos al cielo y reza, delante de ellos, a Su Padre²⁷.

Lo escuchan decir que ellos son del Padre, y que el Padre se los ha dado a El para que les revele a ellos Su nombre de Padre.

Aquel Padre tan grande, cuya Majestad Soberana sumergía en la más profunda adoración a Su Maestro, en la silenciosa oración suya sobre el Monte, se tornaba a Su Padre, lleno de inmenso amor. Jesús osaba pedirle que extienda el amor con el cual El, el Padre, lo había amado: «Para que el amor con el cual me has amado esté en ellos»²⁸... «ámalos a ellos como me has amado a mí» Pedía además que fueran con El, allá, donde El iría, al seno del Padre. Revelaba, en fin, a los hombres que la gloria de la filiación, que El tiene por naturaleza, la había merecido (*a ellos*) y ofrecido para que fueran todos uno, como El y el Padre son uno. Así El Padre de Jesús se hacía Su Padre El se ha vuelto el nuestro. Y cuando, después de la Resurrección, Jesús se le apareció a Magdalena, ha sabido decirle: «Va donde mis hermanos y diles que subo a mi Padre y al Padre Vuestro, Mi Dios y vuestro Dios»²⁹.

Jesús no tiene rubor, ahora ya, como dirá San Pablo, de llamar a los hombres Sus hermanos, no solamente porque ha asumido Su naturaleza humana, sino porque con ellos tienen al mismo Padre.

Pero, junto al dolor de la separación, un sentimiento de inquietud quedaba en sus almas. El Maestro estaba por dejarlos para volver a subir al Padre: ¿Habrían quedado solos? ¡No! El Salvador Divino les promete de no dejarlos huérfanos³⁰ y de enviarles, por eso al Espíritu Santo, Su Espíritu de Hijo que rendiría testimonio de El y los guiaría en la verdad, recordándoles a ellos todo cuanto El ha enseñado. Y ¡fue Pentecostés!... y ¡todo fue transformado en ellos!... no recibieron el espíritu de temor, de esclavitud, más el Espíritu del Hijo, que desde aquel día gritó continuamente en ellos hacia el Padre, en el impulso del amor filial. «Abba! Pater!»³¹.

En Jesús, por Jesús, por motivo de Jesús, tenían el derecho de decir, en el sentido verdadero y pleno de la palabra: «Padre Nuestro».

El Hijo por naturaleza, con su Encarnación y Redención, los había «afiliado» a Su Humanidad glorificada, y, sobre la gran familia de los hombres, así unida por el mismo Espíritu de no formar más que un solo Cuerpo - el Cuerpo Místico de Jesús - Dios podía verter Su infinito amor de Padre. Ahí el inaudito misterio enseguida predicado de los primeros Apóstoles. Meditemos, junto a los Evangelios, la primera Epístola de San Juan y las Epístolas de San Pablo. Comprenderemos mejor como ellos presentaban a sus auditores el incomprensible misterio del Amor...

La religión no era un conjunto de prohibiciones o de interdicciones negativas; era una vida, una vida «en sociedad con el Padre y con el Hijo»³², una vida de familia, una vida que llevaba consigo «relaciones» con personas vivas. Y los Apóstoles, *realmente* dejando en su lugar el misterio, lo rendían

²⁵

²⁶ Gv XVI, 27 "Ipse enim Pater amat vos".

²⁷ Gv XVII.

²⁸ Gv XVII, 26.

²⁹ Gv XX, 17.

³⁰ Gv XIV, 18.

³¹ Rom VIII, 15.

³² Gv I, 3.

accesible... esto se volvía una luz. También los más ignorantes sabían que cosa es una familia, y si no conocían la analogía, bastaba que analizaran los sentimientos más nobles, más humanos, para sentirse atraídos a ellos hacia Aquel que había querido hacerse llamar Su Padre.

Porqué entonces estas sublimes verdades permanecen como letra muerta?

Muy frecuentemente, porque se olvida al Padre, Aquel que todo lo explica, Aquel que es Principio y Fin de cada cosa.

Confesémoslo ! La teología ha completamente poco explorado este campo. Abramos los manuales clásicos, los diccionarios, al máximo, ocho, doce, veinte líneas tratan de Dios Padre.

Viendo, por desaparecida, la concordancia bíblica a la palabra «Padre» nos podremos preguntar porqué si no por el silencio, (en el estudio de las otras dos Personas es, evidentemente, incluida la Primera) pero por lo menos por el puesto limitado reservado, en comparación del Evangelio, a la primera Persona de la Santísima Trinidad.

No hay entonces que sorprenderse que los fieles ignoren al Padre. Parecería que verdaderamente hubiese algún peligro al hablar de El. Nosotros creemos que la devoción al Padre sea la vía más segura para conducir las almas a vivir el dogma de la S.S. Trinidad.

Dos son los peligros de los cuales es necesario defender las almas en su Fe a la Santísima Trinidad: por una parte, que olviden la unidad de la naturaleza divina, y por otra parte, la distinción de las tres Personas.

En el primer caso, es una especie de «triteísmo», mas o menos definidos: que se representan a las tres personas como tres Dioses. En el segundo es el deísmo abstracto y natural de los filósofos.

Mas, aquello que constituye precisamente la seguridad de la devoción al Padre, es que ella mantiene al alma en la verdad pura: distingue las Personas divinas con un culto dado a la Primera Persona, y por otra parte salvaguarda la unidad de la naturaleza divina, haciendo contemplar, en la Trinidad, El con el cual las dos otras reciben la vida, la una por generación, y la otra por procesión, el Padre fuente original, Eterna, única de la vida divina.

El misterio permanece evidentemente la verdad incomprensible pero se vuelve, por analogía inteligible.

Las palabras «padre» e «hijo» toman un significado; tienen un eco en el corazón y el alma entrevé con reconocimiento al Amor infinito de aquel Dios tres veces Santo, que se ha dignado de usar las palabras más conmovedoras de nuestro lenguaje humano, para revelarnos el plan con el cual el Padre ha querido hacernos sus Hijitos, adoptándonos en el Hijo suyo, por el Espíritu Santo.

II. El deber de la Humanidad santa de Jesús

Los fieles, en su vida espiritual, deben también aquí evitar dos errores: el uno, de considerar la Humanidad santa del Salvador como último término deteniéndose en ella; otro, de abandonar o desconocer aquella Humanidad, y de descuidar, o reducir al mínimo, su deber en la vida espiritual.

No está desprovisto de interés notar que la devoción al Padre produce a menudo desde el principio, en las almas un efecto que sorprende. Son de tal manera potentemente fascinadas de todo lo atrayente, de lo consolador y dilatante que tiene esta espiritualidad de sentirse un poco desconcertadas al respecto de nuestro Señor. Lo buscan ansiosamente como Magdalena en la mañana de Pascua y de buena gana preguntarían: «¿Dónde lo han puesto? »³³.

Pero, profundizando esta devoción descubren prontamente con gozo que Jesús para ellas esta vivo, más vivo que nunca. Lo habían visto antes a menudo como un modelo exterior vivido hace 2000 años atrás y del cual con su esfuerzo personal, habían tratado de imitar sus virtudes; ahora se dan cuenta que esas están en El, y El en ellas.

El Padre las ha, por así decirlo, reconducidas al Hijo como para decirle a ellas: «Nadie viene a mí sino por mi Hijo. Es El quien las conducirá a mí. Escúchenlo. ¿Quieren conocerme ? Solo mi Hijo me conoce, es Aquel Quién se ha complacido en revelarme. ¿Quieren amarme ? Solo el amor filial del Corazón de mi Jesús es capaz de atraer mis complacencias, y vuestro amor debe pasar por El, para

³³ Gv XX,15.

elevarse hasta Mí. ¿Quieren que yo los ame ? Mi Hijo agota toda mi potencia de Amor de Padre; es en El que debo reencontrarlos para amarlos y para extender hasta vosotros, hechos uno con Mi Hijo, el amor que tengo para El».

La devoción al Padre conduce, de tal manera, al alma a la más completa intimidad con Jesús, a una especie de identificación interior. El alma comprende, entonces, que es el Mediador.

Diciendo que esta Humanidad santa es como un puente entre la humanidad y la divinidad, no se expresa más que una verdad incompleta, si no un error. Es necesario el puente para pasar de una orilla a la otra. Pero, a un cierto momento se arranca de este, y lo deja tras de sí: nos ha sido más que un útil intermediario.

El Verbo encarnado no es un intermediario. El es el Mediador necesario que, en la unidad de su Persona, reúne la humanidad y la divinidad. Es la vía que debemos seguir, aquella que conduce al Padre. Es el Hijo el cual no vive sino por Su Padre. Pero El es uno con Su Padre y su Padre está en El: quien ve a Jesús ve a su Padre, y es en Jesús que se encuentra al Padre.

La Humanidad santa del Salvador no puede ser abandonada, ni excedida jamás. Es el mismo Jesús, Verbo encarnado de quién su Humanidad glorificada está ahora en el seno del Padre que por Su Gracia, en la unidad de su Cuerpo Místico, nos conduce al Padre y quiere continuar su vida filial en nuestras almas vueltas dóciles a Su Espíritu.

En una palabra la devoción al Padre, supone, pide, exige el estado de filiación. No se es hijo que por el Hijo con el Hijo, y en el Hijo.

Estamos lejos de un vago sentimentalismo o de una piedad de maneras; pues si aquí se trata de ser hijos en relación con el Padre, no se puede esperar serlo, o de continuar a serlo, que siguiendo a El Hijo en la vía por la cual nos trae consigo, tomando también nosotros el sendero donde ha posado su pie; conformándonos con las disposiciones del alma en su estado filial.

Ahora ya – y esto constituye una nueva seguridad doctrinal de esta piedad - es la gracia de adopción que confiere a nuestras almas el estado de filiación; esta nos hace hijos por una verdadera participación de la naturaleza divina, en cuanto es poseída por el Hijo. Basta, entonces permitir que esta gracia santificante se dilate, manifieste su actividad por medio de las virtudes teologales, basta permitirle al Espíritu Santo que suscite en el alma, con el don de la piedad, impulsos de ternura filial por el Padre. He aquí los fundamentos sólidos de esta espiritualidad. Estos ponen a la Humanidad santa en su verdadero puesto y le da plenamente el sentido de su acción en nosotros.

III. La virtud de la religión

Se permanece dolorosamente sorprendidos, constatando que muchas son las almas, las cuales se detienen en Jesús Hombre para pedirle consolaciones personales.

Es verdad que en la misericordiosa Bondad, nuestro Señor mismo ha dicho: «Vengan a mí todos los que sufren y Yo los consolaré». Pero, si Jesús nos hala hacia sí es para llevarnos al Padre; esperar de El solamente el socorro que nos consuela, y nada menos que correr el riesgo de invertir el orden de la religión, replegándose sobre nosotros mismos.

La religión, de hecho, no es para la criatura: es para Dios, para hacer elevar a la Trinidad santa, al Padre, la adoración, la oración, la reparación, la acción de gracias de sus hijos. La virtud de la religión es hoy bastante desconocida. Por ella el hombre rinde a Dios el culto que le debe. Esta hace entonces esencialmente parte de la justicia. Resguarda los derechos de Dios.

Pero no nos encontramos en un orden natural, como podrían concebirlo los filósofos, más allá de la revelación. En este orden, el deber de religión sería de la criatura hacia su Creador: los hombres no deberían respetar los derechos de Dios, sino como Creador.

Nosotros fuimos elevados, en cambio, por pura misericordia, por el Hijo Redentor al estado sobrenatural, reestablecidos en relaciones de afecto filial con el Padre. De ahora en adelante, todo es cambiado.

Dios no tiene más el derecho de ser honrado como Creador. Lo que constituye la religión cristiana es el derecho que Dios tiene de ser honrado *como Padre*. También aquí en la palabra de Jesús: «El Padre busca adoradores en Espíritu y Verdad» toma su significado pleno.

Nosotros tenemos la certeza que los han habido en cada época, y las hay más en nuestros días. Almas llevadas por el aliento del Espíritu Santo a rendir al Padre celeste el culto que le es debido. Pero, no es verdad que, a los ojos de los cristianos la piedad de ellos reviste una forma muy personal? Mientras, aquello que se debe afirmar es que no se trata de hecho de una espiritualidad de una escuela particular. O de la orientación un poco original de una devoción libre. Digámoslo netamente es esta piedad que constituye el Cristianismo. El Cristianismo consiste esencialmente en el estado filial.³⁴ Nosotros nos sentimos justamente orgullosos: cuando vemos nuestros valerosos católicos erigirse valientemente y unirse para defender y proteger los derechos de Dios, contra los enemigos de la religión que los violan. Pero existe un derecho esencial de Dios demasiado frecuentemente violado por los mismos cristianos: *el derecho de ser amado y adorado como Padre*, cual nuestro Padre. Ahora, el derecho de Dios exige el deber correlativo. Los cristianos, hechos así por el Bautismo, hijos de Dios, tienen pues el deber de rendirle culto como Padre y de hacer penetrar en su virtud de religión, el espíritu filial que el Espíritu Santo infunde en ellos. Las relaciones del hombre con Dios se espiritualizan de tal manera, siempre más; la oración se vuelve el impulso del alma que ama, no es más un deber penoso impuesto por una ley exterior, mas una necesidad del corazón. El alma une, por un instinto sobrenatural, la efusión espontánea de su filial ternura, al respeto profundo que la hace plegarse delante al Padre «de inmensa Majestad»³⁵.

El Padre Faber decía, de hecho, que la característica esencial de la devoción al Padre es: «una inmensa ternura».

Agreguemos que esta eleva las almas con dar a sus vidas el más noble de los ideales, aquel que recoge toda la vida de Jesús: la gloria del Padre, que las *libera*, purificándolas de aquel egoísmo que sabe infiltrarse hasta en la piedad más sincera, la *fundamenta en la paz*, estableciéndolas en la certeza del Amor infinito del Padre, lleno de misericordia y de bondad.(...) Nosotros confiamos en esto almas de sacerdotes, de religiosos, de laicos, a volverse los apóstoles ardientes de esta devoción, para que, siguiendo el ejemplo de Jesús, trabajen para hacer conocer, amar y servir al Padre admirable que El les ha revelado.

8 Diciembre 1935

N.B. Nosotros no entendemos la palabra «devoción» en el sentido estricto que le atribuyen, a menudo, los fieles - aquello de una forma particular de la piedad, y que se refiere de preferencia a un santo más que a otro, pero en el sentido pleno teológico, *devovere*, volverse a, consagrarse, ofrecerse, darse enteramente. La devoción al Padre es una disposición habitual del alma, disposición apta no solo a ensimismarse en los actos de las virtudes de religión, mas en todos los actos de la vida de los hijos de Dios.

Es un estado fundamental por el cual el alma haciendo suyas las disposiciones y la religión de Jesús, con respecto al Padre suyo - en particular modo la caridad filial - se consagra filialmente a Dios Padre, vuelto por la incorporación al Cristo y por la gracia de adoración, Padre nuestro; esa se ofrece a la adorable voluntad del Padre, como Jesús y por medio de Jesús; - dona toda su actividad al servicio divino, para la gloria de la Santísima Trinidad, proclamada en Aquel quien es el Principio, la fuente única de la vida divina, en Aquel que genera eternamente su Verbo y que, con el Hijo suyo es el principio del cual procede eternamente el Espíritu Santo. Objeto de esta devoción es Dios Padre, primera Persona. A pesar de esto el objeto formal no es, directamente, la

³⁴ Pio XI «Esta es la enorme desgracia de aquellas tantas vidas que se desarrollan sin saber que es la piedad cristiana. La piedad cristiana no es un conjunto de vanas prácticas, o de amplitud de sentimientos, pero es una cosa muy sólida, sustancial, y al mismo tiempo muy simple y muy fácil de comprenderse y de practicarse. No se trata más que de elevarnos a Dios: y aquello que se dice «piedad filial» o, si - quieren decirlo con una palabra - la filiación hacia Dios, concebido, amado y servido como Padre así como El ha querido, y como Jesucristo, el Redentor divino, ha enseñado: Padre *nuestro*! Como interpreta el Apostol cuando dice que el mas grade regalo que el Redentor nos ha hecho, ha sido aquel de meternos en el corazón a precio (y que valor tenía este precio!) de su Sangre, aquel mismo Espíritu que es el reverbero y la emanación viva del Espiritu mismo de Dios, por el cual nosotros, desde lo profundo del corazón, decimos: Abba Pater». (A la juventud católica italiana, 4 dic 1927).

³⁵ Palabras del *Te Deum*.

función que el Padre cumple en la Santísima Trinidad, más una consideración de sus relaciones con nosotros, se vuelven sus hijos adoptivos, en Su Hijo.

Aquel al cual el alma se consagra es el «Padre de las misericordias» «que tanto ha amado al mundo que le da su Hijo Único».

Entre todos los deberes que el alma filial quiere cumplir hacia el Padre celeste (deberes de adoración, de abandono a Su voluntad santa, de confianza), hay aquel hacia el cual se siente espontáneamente inclinada, con generosa ternura: es aquel de la reparación. Ella está decidida de reparar con su fidelidad filial las ingratitudes de tantos cristianos hacia el Padre, al amor del cual debemos el regalo Supremo – tantas veces olvidado - de Su Hijo.

15 Septiembre 1937